

**EL CASTILLO DE LOS
BÚHOS**
(梟の城)

Ryōtarō Shiba

Traducción:
Ismael Funes Aguilera
Bárbara Pesquer Isasi


QUATERNI

El Castillo de los Búhos by Ryōtarō SHIBA
Copyright © 1959 Midori FUKUDA
First published in Japan in 1959 under the title “FUKURŌ NO SHIRO” by
SHINCHOSHA Publishing Co., Ltd.
Spanish translation rights arranged Midori FUKUDA
through Japan Foreign-Rights Centre/Ute Körner Literary Agent, S.L.U.
www.uklitag.com

Copyright © 2015 Quaterni de esta edición en lengua española

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados

Traducción del japonés: Ismael Funes Aguilera y Bárbara Pesquer Isasi

EL CASTILLO DE LOS BÚHOS. Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-941802-7-9

EAN: 9788494180279

IBIC: FJH

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez C.

Revisión: Raquel Ramos Cudero

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Manuel Dombidau | www.dombidau.com

Maquetación: Grupo RC

Impresión: Grafilur, S.A.

Depósito Legal: M-36949-2014

Impreso en España

19 18 17 16 15 (02)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

Capítulo 1:
EL PASO DE OTOGI

En el paso de Otogi, las crestas de Seigai, que servían de frontera entre Ōmi y Yamashiro, se extendían bajo el cielo de Iga, mientras un grupo de nubes dispersas dejaba traspasar los rayos del sol como un sombrero de juncos.

Eran los últimos días de marzo de 1591 y, en dirección a Ōmi, el cielo empezaba a teñirse de un rojo encendido que enmarcaba la solitaria figura de un anciano mientras subía el empinado paso de montaña. Iba vestido como un campesino y se ayudaba para caminar de un largo bastón, completamente negro, de más de un *ken*¹ de largo. La figura del caminante parecía seguir al bastón, por lo que se veía extrañamente pequeña en comparación. El anciano iba solo, con la única compañía de la sombra que se alargaba tras él.

El camino en línea recta llevaba directamente hacia las montañas de Kōga.

De repente, el caminante se paró en seco. Tenía la impresión de que había alguien por los alrededores. Un leñador se acercó por detrás y se detuvo al pisar su sombra.

—Toma esas hierbas —dijo el anciano, inclinado y con la cabeza agachada.

El leñador alzó el rostro sin poder ocultar un gesto de temor al ver la cara del caminante: tenía el semblante destrozado. El ojo derecho y la nariz se perdían en las cicatrices de un fuego

1 Un *ken* son aproximadamente 1,8 metros.

antiguo, mientras que entre los labios, que parecían cortados por un tajo torpe, sobresalían algunos dientes. Su sonrisa se parecía más a la de un mono viejo.

—Las estás pisando.

—¿Eh?

—Tómalas. Cuando están secas, son un remedio infalible para el mal de estómago.

El hombre se apresuró a arrancar unas cuantas briznas y, habiendo comprendido que el caminante no era peligroso, dejó escapar un suspiro de alivio.

—¿Adónde te diriges?

—Al este... A Shimotsuge.

—Eso significa que... sois Jirōzaemon.

—Era inevitable que alguien me acabara reconociendo... —suspiró el anciano con una sonrisa amarga.

Habían pasado diez años desde que Oda Nobunaga atacó la región por seis flancos para acabar con la especie de «república» que se había formado, y que no acataba el poder de los señores feudales de la época. Tras la famosa Revuelta de Iga que tantos quebraderos de cabeza causaron a las huestes de Nobunaga, no debía de quedar nadie en la región que no conociera a Shimotsuge Jirōzaemon.

El caminante agarró su bastón y trazó un círculo.

—¿Hay una ermita por aquí cerca?

—¿La ermita donde vive Tsudzura?

—Eres muy avisado, esa misma... Ando buscando a Jūzō.

Una chispa alumbró el único ojo del viajero. No se le escapaba que la expresión del rostro del leñador había pasado de temor a la de aprensión.

—¿Veis allá arriba? Hay un pino centenario. Id hasta él y dirigíos hacia el este. No hay camino, así que tendréis que ir entre la vegetación. Está a menos de un *chō*¹.

—Comprendido. ¿A qué se dedica ahora Jūzō?

—Ni idea.

1 Un *chō* son aproximadamente 109 metros.

Y, diciendo esto, el leñador empezó a bajar la cuesta a toda prisa, como si huyera de algo.

El viejo caminante siguió las indicaciones; sorteó un pequeño barranco y, tal como le había explicado el leñador, pronto vislumbró las ramas extendidas del pino centenario. Lo rodeó y, a medida que su bastón lo llevaba hacia el este, hubo un súbito cambio en la atmósfera. Las nubes empezaron a descender y las hierbas se balancearon como si estuvieran vivas.

Pasó un bosquecillo de robles y llegó a un valle donde se alzaba la ermita. A medida que se acercaba, vio que no se trataba de un edificio minúsculo, sino que podría confundirse con una posada como las que había al borde de los caminos.

Puesto que el sol continuaba su descenso por el oeste, las nubes siguieron bajando y, pronto, la ermita se vio rodeada de una masa rojiza.

El caminante se detuvo un momento al borde del valle y miró atentamente la ermita, pero la arquitectura no era lo que más le interesaba.

De entre las nubes rojas empezó a ascender el sonido de una campana de madera acompañada del canto de los *sutra*¹ vespertinos. ¿Sería aquella voz la de Tsudzura Jūzō?

El viajero dio un paso y empezó a acercarse. Sus movimientos no eran los de un anciano; seguía el ritmo del canto. Parecía estar ajustando su ritmo vital a la respiración del adversario. Los agudos y los graves de la oración parecían influir en el caminar... hasta que sus pies lo llevaron al umbral de la ermita.

Aunque el sol continuaba su descenso inexorable, todavía quedaba luz cuando abrió la puerta con cuidado y la claridad hendió el interior.

Miró a un lado y a otro. Al oeste se alzaba el altar; delante, la campana y un quemador de incienso. En el centro de la estancia, había un cojín redondo vacío. Sin embargo, el cántico se seguía oyendo. El anciano dejó escapar una carcajada:

1 Oraciones budistas.

—Jūzō, sé que estás ahí —se hizo el silencio—. No hace falta que tomes tantas precauciones. Sal de una vez.

—¿Maestro?

—Sabías que era yo desde que puse los pies en el valle. ¿Por qué te escondes?

—Aunque he renunciado al mundo, mis brazos y mis piernas reaccionan sin que me dé cuenta ante determinados indicios. Ya forma parte de mi naturaleza.

—Ja, ja, ja. Por mucha penitencia que hagamos, ni tú ni yo vamos a conseguir la Iluminación. Los dos sabemos por qué. Pero no he venido a hablar de eso, tengo que pedirte algo importante.

Silenciosamente, como una araña descendiendo por su hilo, un hombre se precipitó desde el techo con una cuerda. Tendría unos treinta y cinco años, era delgado y más alto de lo normal.

—Maestro, no habéis cambiado nada.

Y es que el maestro, a pesar de los estragos que la vida había causado en su cara roja y negra, mantenía una mata de pelo azabache atada de cualquier manera en una coleta detrás de la cabeza.

Cuando Jūzō se sentó, el maestro alargó el brazo y le tocó la rodilla para llamar su atención.

—Kazama Gohei, el prometido de mi hija, ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Está muerto, o nos ha traicionado. Pero da igual, porque la semilla del arte de los *shinobi*¹ ha empezado a extinguirse en Iga.

—Debéis estar decepcionados.

—¿Yo?

—Y vuestra hija también.

—¿Kisaru? Insiste en querer investigar la desaparición de Kazama. También dice que si está muerto todo irá a mejor, pero que, si ha traicionado a Iga, lo matará con sus propias manos. Si

1 Literalmente ‘oculto’ o ‘escondido’. En aquella época, era más común usar ese término que *ninja*, que es más moderno.

él hubiera sido un hombre de verdad... habría sido un miembro brillante de «las gentes de Iga»¹.

—Pero no creo que vos estéis contento de que vuestra hija lo sea. Ese no es un destino agradable para una mujer. No os envidio como padre que sois.

—Y pensar que tras la revuelta de Iga mis alumnos tuvieron que huir y esparcirse por todas direcciones... Solo me quedaban dos discípulos y, de los dos, uno ha acabado así... ¿Adónde vas, Jūzō?

—Voy a encender un candil.

—No hace falta. Para mí ya no hay diferencia entre el día y la noche... Mi ojo ya no ve bien.

—Quizá sea cosa del karma... Después de diez años, recogéis lo que sembrasteis. Pero yo sigo necesitando algo de luz.

Jūzō se alzó en la oscuridad. Algo se movió sigilosamente. El anciano se había acercado al altar, había abierto la puerta e introducido la mano dentro. Se oyó una risa desde el otro lado de la estancia.

—¿No estaréis buscando por casualidad la estatua que tallo como penitencia? No está ahí.

—Recuerda que un *ninja* no necesita hacer penitencia.

—Teníais razón, desde que pusisteis el pie en el confín del valle supe quién erais y para qué habíais venido.

—Regresa con nosotros.

—¿Tenéis un trabajo para mí?

—Lo tengo. Debes acabar lo que empezó Kazama. Nadie más en Iga puede hacerlo.

Se hizo una pequeña luz que se fue acercando hasta quedarse quieta ante el altar. Jūzō volvió a sentarse en el suelo.

—Kazama estaba en la capital. Se fue hace dos años siguiendo mis órdenes. Pero ya hace seis meses que no sabemos nada de él.

1 El oficio de *ninja* era secreto y para referirse a él se usaban muchos eufemismos. Iga era uno de los centros del arte del *ninjutsu* y, en esas áreas, hablar de «hombres de Iga» o «gentes de Iga» equivalía a decir *ninja*.

Jirōzaemon apretó los labios de repente y enderezó el cuerpo. Echó mano a su faltriquera y sacó un rosario. Estaba hecho de pequeñas piedras negras. Lo sostuvo en la palma de la mano y se quedó inmóvil hasta que, de pronto, una cuenta empezó a moverse, luego fue otra, y otra... hasta que, al final, todas las cuentas empezaron a danzar sin excepción; ya no era un rosario, era un puñado de sanguijuelas, rojas como la sangre.

Se habían hecho las siete de la tarde y de las montañas descendía el olor a lluvia incipiente. El viento sonaba entre los árboles del exterior.

Jūzō observaba atentamente a su maestro, quieto, terriblemente delgado, con el cuello extendido hacia delante, rígido. El anciano parecía un buitre posado en una roca. Como si la sangre que corría por sus venas no fuera humana.

Shimotsuge Jirōzaemon provenía de un antiguo linaje de *shinobi* que llevaba en Iga desde tiempos inmemoriales.

En 1185, tras la batalla de Dan no Ura en la que el clan Genji¹ derrotó al clan Heike² y se hizo con el control del Japón feudal, un general del ejército perdedor llegó a la llanura de Iga y se ocultó allí con su familia. Se trataba de Iga Heizaemon no Jōienaga, que se vio obligado a arar la tierra para ganarse el sustento, a pesar de su linaje hidalgo. Allí, algunos de sus descendientes y seguidores tomaron el apellido de los Hattori, pues vivían en sus tierras, para formar una banda. Por otro lado, los otros que vivían en los alrededores de Tsuge formaron la banda de Tsuge.

Shimotsuge Jirōzaemon formaba parte de esta última familia.

Igualmente, había otras bandas provenientes del antiguo clan Taira, dispersas entre los valles y montañas de Iga, lugar que recibía desde siempre el nombre de «El País Oculto» o «La Región Escondida».

1 También conocidos como Minamoto.

2 También conocidos como Taira.

La pequeña llanura de Iga estaba rodeada por las provincias de Yamashiro, Yamato, Ise y Ōmi con sus respectivas montañas, atravesadas por siete puertos que no evitaban que la región estuviese aislada del mundo exterior. Uno de los pasos llevaba directamente a Kōga, en la región de Ōmi. Se trataba del paso de Otogi.

La residencia del emperador estaba relativamente cerca de Iga, a unos veinte *ri*¹; pero las comunicaciones con la provincia mantenían a la capital casi tan alejada como los otros centros de poder: Kamakura y Edo. De manera que, progresivamente, los ecos del poder se fueron debilitando y los samuráis de Iga empezaron a poder disfrutar de su vida en solitario.

No es de extrañar que entre estos antiguos señores floreciera el arte de los *shinobi* mientras su número se iba acrecentando con todos los samuráis que huían de la capital cada vez que se producía una caída del gobierno.

Durante los siglos de reclusión en el País Escondido, los samuráis de Iga habían desarrollado un carácter muy especial que rozaba el nihilismo. Se mantenían deliberadamente distantes de las gentes de otras provincias con quienes no se mezclaban y a los que denominaban «forasteros».

Su relación con los gobiernos, naturalmente, no era buena, y era cuestión de tiempo que alguien intentara meterlos en vereda. Por otro lado, los samuráis de otras regiones no veían con buenos ojos que la gente de Iga se mantuviera al margen de los mecanismos usuales del gobierno y no mostrasen la fidelidad debida a regentes, emperadores, etc.

Aunque no se trataba de rebeldía, sino de una aplicación rigurosa del código del samurái por parte de las gentes de Iga. Sobreponían a cualquier otra consideración la pureza de espíritu y la fidelidad para con los suyos.

Así, los samuráis de Iga enseñaban el arte del robo y de la ocultación a los *ninja* de baja categoría, mientras que se reservaban para ellos el espionaje y la estrategia. Con el paso del

1 Un *ri* son aproximadamente 3,9 kilómetros.

tiempo, llegaron a refinar tanto sus técnicas que las crónicas de la época mencionan que incluso en otras provincias se apreciaba el tesoro oculto de Iga, que no era otra cosa que la habilidad de sus *shinobi*.

Por desgracia, el gobierno del *shōgun*¹ de Kamakura se hundió y la isla se sumió en un período de guerras civiles del cual Iga no pudo escapar.

En 1578, Oda Nobunaga, un señor feudal que se había ido haciendo fuerte a base de conquistar regiones vecinas y que aspiraba a unificar todo Japón, rodeó Iga tras aplastar la revuelta de los monjes budistas guerreros de Saika Ikki. No obstante, no pudo hacerse con el control de la región.

Fue el segundo hijo de Nobunaga, Oda Nobukatsu quien, en 1582, puso el cerco definitivo a Iga. Por aquel entonces, Tsudzura Jūzō, del clan de Momochi, contaba con veinte años, mientras que Jirōzaemon, del clan de los Shimotsuge, tenía cuarenta y dos.

El cabecilla de los samuráis de Iga se llamaba Tsuge Seihiro y bajo su mando agrupaba a un ejército de setecientos hombres que constituían toda la defensa de Iga.

El ejército enemigo se había hecho fuerte en el cercano casti- llo de Maruyama, encaramado a una montaña encajonada entre el río Iga y uno de sus afluentes, lo que ofrecía una especial protección.

Los hombres de Iga decidieron lanzar un ataque sorpresa usando sus habilidades para manipular el fuego y la pólvora. Para ello, eligieron a cien hombres. Se dividieron en veinte secciones, cada una comandada por un líder que dirigiría a *ninja* subalternos. Jirōzaemon, Jūzō y Kazama Gohei estaban al mando de respectivas secciones de *ninja* rasos. Los nombres de estos últimos, a pesar de carecer de apellido y no ser de clase hidalga, pasaron a formar parte de muchas leyendas gracias a su excelencia en las artes del *ninjutsu*.

1 Regente; señor feudal con más poder.

Las huestes de Iga se reunieron a las dos de la madrugada en la llanura y, avanzando hacia el este, rodearon el casillo sigilosamente. Las rocas, las hierbas, los árboles y todos los elementos naturales de alrededor del castillo parecían estar conteniendo la respiración.

Al mando de la guardia del castillo, se hallaba Takigawa Masakatsu, pero ni él ni ninguno de los soldados a su cargo se habían dado cuenta de que estaban rodeados.

Pasadas las cuatro de aquella noche estival, se alzó una neblina de las aguas del río Iga. La luz de la mortecina luna menguante, fina como un hilo, casi no alcanzaba a traspasarla. Cuando la luna se hubo ocultado entre las montañas occidentales, una marea negra pareció agitar por los cuatro costados la explanada de hierba que rodeaba el castillo. Eran los *ninja* que pronto llegaron a las cuatro puertas de la muralla exterior.

—Kuroami —llamó Jūzō a su subalterno al oído.

Tsudzura Jūzō estaba al mando de la sección que escalaba el muro sur del castillo una vez atravesado el foso. El hombre llamado Kuroami iba escalando el muro exterior y dejando caer una escalera de cuerda que llevaba enrollada en su espalda. Una vez arriba avisó a los de abajo imitando el sonido de insectos. El mismo sonido se oyó desde entre las hierbas y los *ninja* rasos empezaron a avanzar estirados en el suelo y ocultos por la vegetación.

La muralla estaba alumbrada ya por antorchas por aquí y por allá, y Kuroami, plantado en lo alto de las tejas de la misma, se quedó inmóvil, como clavado. Bajo sus ojos, aparecían las cabezas de los soldados rasos. Kuroami tensó su arco y, justo entonces, los otros *ninja* que se habían arrastrado con Jūzō hasta la muralla, se hicieron con la torre de vigilancia del noroeste.

Unos cuantos escalaron la torre de madera y arrojaron bombas incendiarias compuestas de azufre y pólvora envueltas en paja y de las que sobresalía una larga mecha. Una vez colocadas, un hombre se quedó al pie de la torre esperando la señal de fuego.

De repente, el fuego brotó en el tejado de la ciudadela interior mientras que el batallón dirigido por Jūzō prendía fuego a las bombas que pronto hicieron que la torre ardiera también.

El viento se elevó avivando las llamas. A contraluz del rojo resplandor, las siluetas de los *ninja* se asemejaban a las de demonios salidos del Averno.

Kuroami seguía a la sombra de la muralla y, sin pestañear, procedió a disparar una flecha tras otra, que surcaron el aire silenciosamente, aniquilando a la guarnición encargada de custodiar la puerta trasera que, así, no pudo avisar del fuego. Una vez despejado el camino, había terminado el trabajo de los *ninja* que dejaron paso a la infantería *shinobi* mientras ellos se alejaban silenciosamente a la llanura para disfrutar de los efectos que el fuego había causado.

Mientras el castillo caía pasto de las llamas, Takigawa Katsuo, el comandante al mando, logró escapar a las montañas muy malherido y se retiró a la capital para curarse de las quemaduras.

El ataque incendiario se había producido justo antes del amanecer, de modo que cuando el sol terminó de alzarse por detrás de las montañas de Ise, la ominosa silueta del castillo humeante se vio en toda la comarca, aunque del ejército que lo había tomado ya no quedaba ni rastro. A la vista de cómo había caído el castillo, todos los señores de las provincias colindantes supieron que se trataba de cosas de *ninja*.

Los *ninja* trabajan mejor de noche y, aunque se llamen a sí mismos «samuráis *shinobi*», sus técnicas son completamente diferentes a las convencionales. Se diría que la luz del sol hace que pierdan todas sus habilidades.

Los rumores no tardaron en llegar a oídos de Nobunaga: «Parece que Iga no está habitada por humanos, sino por duendes. Los *ninja* de Iga usan Magia Negra».

Puede que Oda Nobunaga realmente creyera en los rumores o se inclinara más por pensar que las gentes de Iga habían colaborado con las revueltas de grupos budistas que había tenido que aplastar recientemente. En cualquier caso, la feroz naturaleza de Nobunaga no iba a permitir que nadie se opusiera a sus ansias de poder. Así que, en 1581, dio órdenes a sus vasallos cercanos a Iga: «Exterminad a todos los habitantes de Iga».

El ejército de Nobunaga reclutó en Ise, Yamato, Mino y Ōmi a más de doce mil hombres mientras que Iga no contaría con más de mil.

Los batallones se dirigieron allí por los siete pasos de montaña que la conectaban con las provincias circundantes para caer sobre Iga al amanecer y anular la ventaja de la que los *ninja* gozaban durante la noche.

No dejaron con vida ni a los campesinos. Ni siquiera hicieron ninguna excepción con las mujeres y niños, ya que entre ellos también podía haber algún *ninja* o duende. Cuando las huestes de Oda se retiraron, la provincia no era más que un campo sembrado de cadáveres.

Cabe aclarar que, por lo general, las gentes de Iga no trabajaban bajo un gobierno unificado, sino que cada uno defendía su propia aldea. Esta batalla tampoco logró que unificaran sus fuerzas, de manera que los soldados de Oda tuvieron otra razón para ir casa por casa, destruyendo todos los cuarteles generales y las sedes de las bandas locales.

Al final, solo quedó la pequeña fortaleza de Kashiwara, en el condado de Naga, que había servido como castillo a los samuráis de Iga desde tiempos inmemoriales.

Al amparo de la noche, cruzando territorio en manos enemigas, Shimotsuge Jirōzaemon logró refugiarse en el castillo de Kashiwara. Una vez dentro, agarró a uno de los samuráis allá reunidos y le espetó:

—¿Acaso este miserable castillo ha de ser nuestra tumba y mausoleo? ¿Es eso lo que quiere el señor Tsuge Seihiro?

El samurái, visiblemente molesto, se zafó del agarre de Jirōzaemon y respondió:

—Yo no soy el señor Seihiro y no sé lo que él pensará, pero he visto los campos cubiertos de cadáveres. Y sé que no es ningún placer ser el último reducto que queda en Iga cuando todos los demás han sido masacrados. Pero, como samuráis que somos, nos debemos a nuestro honor. Y caer en combate es nuestro último honor. A buen seguro, nuestro señor estaría de acuerdo conmigo.

—Honor... Como si los hombres de Iga tuviéramos honor...

—Ugh...

Jirōzaemon no pudo acabar la frase, ya que su interlocutor caía, con el cráneo atravesado de arriba abajo por una bala perdida. Y es que Nobunaga era un ardiente admirador de los arcabuces, introducidos en Japón por los portugueses.

Jirōzaemon echó a correr y se introdujo en el cuartel general, un modesto edificio de madera rodeado de un bosquecillo que contaba con su propio riachuelo. De no ser por los funestos sonidos que claramente resonaban cada vez más cerca, se hubiera tratado de una encantadora noche de primavera con sus centelleantes estrellas en el despejado cielo.

Los guerreros que se apostaban en el bosquecillo alrededor del cuartel reconocieron enseguida a Jirōzaemon:

—¡Maestro!

—¿Gohei? ¿Eres tú?

Kazama Gohei se le acercó a buen paso. Era un buen mozo, esbelto y grácil como una doncella. Poseía una belleza irreal y misteriosa.

—Sí, maestro, sigo vivo.

—Gracias a los dioses... ¿Y Jūzō?

—Él se encargaba del castillo de Tatsuguchi.

—Ese castillo ha ardió y caído...

—Desde entonces no sabemos su paradero.

—No puede estar vivo... Por muy buen *ninja* que fuera, era imposible escapar de la lluvia de flechas que cayó sobre el castillo.

—Y además... de camino hacia aquí he visto los cuerpos de su padre enfermo y de su madre... los dos muertos a manos de los hombres de Niwa Nagahide, el general de Nobunaga. Su hermana logró escapar y huir en busca de su hermano. Se refugió en el castillo de Tatsuguchi, pero cuando este también cayó los soldados la violaron y la pobre desgraciada se suicidó.

—Ya nada me asombra en esta cruenta guerra. He visto tantos muertos y tantas atrocidades...

—¿Habéis visto al señor Tsuge?

—Está en el salón principal...

Jirōzaemon empezó a caminar, pero se paró en seco, acababa de recordar algo. Se giró en redondo:

—Mi padre también ha muerto.

—¿Cómo?

—Cuando venía, vi su cuerpo flotando en el estanque de Yufune.

Kazama Gohei se quedó inmóvil. Hizo ademán de añadir algo, pero, para aquel entonces, Jirōzaemon ya había avanzado varios *ken* y su figura se perdía entre las sombras.

Dentro del cuartel, flotaba un hedor a sangre y a pus. El suelo estaba cubierto de esteras de paja y había armaduras completas y piezas sueltas esparcidas.

Al subir al salón principal, Jirōzaemon se sorprendió al encontrar una estancia en tinieblas, sin una sola candela encendida, aunque notaba con claridad que había gente allí. Por lo visto, el salón se había convertido en un improvisado dormitorio. El sonido de los pasos despertó a alguien:

—¿Shimotsuge?

—Sí. ¿Y vos sois Momochi? ¿Qué hacéis aquí?

—Deliberar... —La voz que respondía era efectivamente la de Momochi Shinnojō, aunque con un timbre de infinito agotamiento.

—Bonita manera de deliberar. ¿Y qué habéis decidido?

Otra silueta se alzó, esta era la del anciano Tsugetarō Seihiro.

—Moriremos en combate.

—Comprendo. Después de todo, para eso hemos sido elegidos...

—¿Tienes algo que objetar?

—Escuchadme. No es de sabios tomar decisiones bajo los efectos de la desesperación.

—¿Y qué sugieres que hagamos?

—Escapar a las regiones vecinas, vivir ocultos, comiendo gusanos si hace falta, hasta que llegue el momento de mostrarles a todos esos forasteros que nos han atacado el verdadero poder de los hombres de Iga. Esperar a que Oda no se lo espere para hacer caer sobre él el peso de nuestra venganza.

—Si huimos, ¿qué pasará con nuestras mujeres e hijos?

—Es algo inevitable...

—Los matarán.

—Si los demás se rinden en cuanto hayamos huido, puede que se salven. De cualquier manera, que vivan o que mueran no depende realmente de nosotros, ya que su suerte está decidida.

—¡Es terrible!

—Vosotros habéis sido los culpables, no yo —concluyó Jirōzaemon dirigiéndose a la puerta. Su rostro denotaba un ansia homicida.

No pudo llegar a salir, ya que ante él se alzó la figura de Tsudzura Jūzō, con sus finos labios firmemente apretados, calzando las sencillas sandalias de paja de guerrero. Nadie se había percatado de su presencia, ni se sabía cuánto tiempo llevaba allí:

—Yo no voy a huir.

—¡Jūzō! ¿Cómo te atreves?

—Maestro, puede que haya aprendido el arte del *shinobi* de vos, pero no soy uno de vuestros *ninja* rasos. El clan Tsudzura proviene de uno de los guerreros de los Taira —dijo Jūzō sin elevar la voz—. Vos sabéis cuánto le debe Iga a las gestas de mi familia.

Jirōzaemon calló durante un instante mientras sostenía la mirada fija de Jūzō.

—Jūzō, eres injusto. ¿A qué has venido? ¿A llorar? ¿A lamentarte? Ya sabemos que tu familia ha muerto y compartimos tu dolor. Pero ahora no es el momento... ¿Se te ha olvidado todo lo que te enseñé? Un *ninja* debe saber ser como la tierra, como la piedra, como el viento y como la hoja. Tu corazón debe ser diferente al de las personas normales. No seas necio. Tus padres han muerto y no son más que polvo. ¿Qué sacarás tú de convertirte también en polvo?

—Ellos están muertos y yo no. Mientras siga vivo, tengo el deber de vengar su muerte, por eso no me voy a marchar.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Volver al campo de batalla? ¿A hacer qué?

—A hacer que el enemigo muerda el polvo. Maestro, si vos queréis seguir viviendo, a mí no me importa.

—Espera —Jirōzaemon tomó a Jūzō por la manga y con un movimiento rápido lo obligó a sentarse—. Puede que tengas algo de razón. Escapar quizá no sea la mejor idea, pero este no es un

lugar digno para que *ninja* tan excelentes mueran. Si pudiésemos hacernos con el cuartel general del enemigo... Fuego y flechas serían suficientes, y puede que así recuperásemos la provincia.

—¿Cuántos hombres harían falta?

—No muchos. —Y diciendo esto, Jirōzaemon alzó el rostro para mirar directamente a la cara a Jūzō—. Atacaremos mañana por la noche cuando esté nublado.

El castillo de Kashiwara estaba rodeado de soldados. El cerco solo lo traspasaban los dos ríos que nacían en las montañas de Udanogō en Yamato. Los dos ríos se unían a unos dos *ri* al norte donde se alzaba la aldea de Ōyato formada por no más de sesenta casas, cerca de donde se cruzaban las cuatro rutas más importantes que recorrían Iga, así que dada su situación estratégica, era allí donde el general Niwa Nagahide había establecido su cuartel general.

Aunque el cielo estaba negro sin luna, no había ni una sola nube. Así que miríadas de estrellas titilaban en el firmamento, casi parecía que el cielo quisiera imitar a la tierra, puesto que bajo las estrellas parpadeaba el resplandor del hogar en las chozas. El resplandor rojizo y fantasmagórico que se colaba entre las paredes de juncos y a través de las ventanas sin cubrir alumbró la aparición de los duendes de Iga como por arte de encantamiento.

Pasada la medianoche, entre el titilar de las fogatas familiares, el número de fuegos aumentó. Había cinco más para ser exactos, aunque nadie pareció haberse percatado. Nadie excepto un vigía que oteaba el horizonte:

—¿Qué será eso? Parece que se mueven...

Y no se equivocaba el soldado raso que, agarrando su alabarda, se imaginaba que aquellos pocos fuegos que se movían no debían de ser normales. No parecían antorchas, eran más grandes, y se iban acercando... más y más...

—¡Son *ninja*! —se disponía a gritar. Pero ya era demasiado tarde, porque antes de que pudiera escapar la voz por entre sus labios, asomó por su cuello la punta de una espada corta que acababa de atravesarlo.